**¿Eres Tú el rey de los judíos?**

**Jn 18, 33-37**

**Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant**

**Lectio Divina**

**Poncio Pilato hace a Jesús una pregunta: "¿Eres tú el rey de los judíos?" . Jesús responde, preguntando a su vez: "Dices esto por ti mismo u otros te lo han dicho de mí?". Y Pilato replica: "¿Acaso soy yo judío? Tus compatriotas y los sumos sacerdotes te han puesto en mis manos. ¿Qué es lo que has hecho?".**

En una parte del diálogo, Cristo afirma: "Mi realeza no es de este mundo. Si mi realeza fuera de este mundo, los que están a mi servicio habrían combatido para que Yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi realeza no es de aquí".

Cristo hace que todo quede muy claro, es decir transparente, como respuesta a las acusaciones de los sumos sacerotes, Jesús revela que se trata de otro tipo de realeza, una realeza divina y espiritual. Entonces, Pilato le pide una confirmación: "Entonces Tú eres rey?. Como respuesta y para mayor claridad, es decir para que no se tenga ninguna otra interpretación equivocada de su dignidad real, el Señor responde con la verdad: Yo soy rey. Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz".

Ciertamente, El no es rey como lo entendían los sumos sacerotes del Sanedrín, pues no aspira a ningún poder político en Israel. Por el contrario, su reino va más allá de los confines conocidos por ellos.

Dice Cristo: "El que es de la verdad, escucha mi voz", es decir todos los que son de la verdad escuchan su voz y lo reconocen como rey. Este es el ámbito universal del reino de Cristo y su dimensión espiritual. Para ser testigo de la verdad. En la lectura tomada del libro del Apocalipsis se dice que Jesucristo es "testigo fiel" (Ap 1, 5). Es testigo fiel, porque revela el misterio de Dios y anuncia el reino ya presente. Es el primer servidor de este reino.

"Obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 8), testimoniará el poder del Padre sobre la creación y sobre el mundo. Y el lugar del ejercicio de su realeza es la cruz que abrazó en el Gólgota. Pero su muerte ignominiosa representa una confirmación del anuncio evangélico del reino de Dios. En efecto, a los ojos de sus enemigos esa muerte debía ser la prueba de que todo lo que había dicho y hecho era falso. (JP II)

"Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él" (Mt 27 42). No bajó de la cruz, pero, como el buen pastor dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10, 11). Sin embargo, la confirmación de su poder real se produjo poco después, cuando, al tercer día, resucitó de entre los muertos, revelándose como "el primogénito de entre los muertos" (Ap 1, 5).

Él, siervo obediente, es rey, porque tiene "las llaves de la muerte y del infierno" (Ap 1, 18). Y, en cuanto vencedor de la muerte, del infierno y de Satanás, es "el príncipe de los reyes de la tierra" (Ap 1, 5). En efecto, todas las cosas terrenas están inevitablemente sujetas a la muerte. En cambio, aquel que tiene las llaves de la muerte abre a toda la humanidad las perspectivas de la vida inmortal. Él es el alfa y la omega, el principio y el culmen de toda la creación (cf. Ap 1, 8), de modo que cada generación puede repetir: bendito su reino que llega (cf. Mc 11, 10). (JP II)

La solemnidad de Cristo, Rey del universo, nos invita a repetir con fe la invocación del Padre nuestro, que Jesús mismo nos enseñó: "Venga tu reino". ¡Venga tu reino, Señor! "Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (Prefacio). Amén.

**Oración.**

María, Madre de la Iglesia, nos obtenga que Cristo, Rey del universo, sea el Rey de nuestro corazón, de nuestras familias y de nuestras comunidades. (JP II)

**De corazón**